

cuenta perros, y en seguida se fueron á la perrera, como si el sereno les hubiese dado orden de callar. Reconoció la disciplina alemana.

La civilización ha progresado en Alemania desde mi viaje á Berlin; las camas son ya casi bastante largas para un hombre de estatura regular; pero la sábana de encima continúa cosida á la colcha, y la de debajo, muy estrecha, acaba por torcerse y arrollarse, causando una grande incomodidad; y ya que me encuentro en el país de Augusto Lafontaine, imitaré su genio, instruyendo á la última posteridad de lo que existía en mi tiempo en el cuarto de mi posada en Waldmunchen. Sepan, pues, mis nietos que ese cuarto era un cuarto á la italiana, paredes desnudas, estropajeadas de blanco, sin molduras ni colgaduras de ninguna especie, con una ancha faja de color por bajo, y tres filetes alrededor del techo; una cornisa pintada de rosetones azules con una guirnalda de hojas de laurel color de chocolate, y debajo de la cornisa, sobre la pared, follages de pintura encarnada sobre un fondo verde americano. De trecho en trecho algunos pequeños grabados franceses é ingleses en sus marcos: dos ventanas con colgaduras blancas de algodón; entre las dos ventanas un espejo: en medio del cuarto una mesa para doce cubiertos por lo menos, guarnecida con su hule pintado de rosas y diferentes flores: seis sillas con sus almohadones cubiertos con una tela encarnada á cuadros escoceses: una cómoda, tres capamés alrededor del cuarto: en un rincón junto á la puerta una estufa de loza barnizada de negro, cuyas caras presentaban en relieve las armas de Baviera, y encima de la cual había un recipiente en forma de corona. La puerta estaba provista de una máquina de hierro complicada capaz de cerrar las puertas de un calabozo y de burlar las ganzúas de los amantes y de los ladrones. Revelo á los viajeros el excelente cuarto en que escribí este inventario, que puede apostárselas al del avaro, y se lo recomiendo á los legitimistas futuros que pudieran ser detenidos por los herederos del macho cabrío montés de Haselbach. Esta página de mis *Memorias* dará placer á la escuela literaria moderna.

Después de haber contado á la luz de mi lamparilla los astrágalos de mi cuarto, y examinado los grabados de la *jóven milanés*, la *jóven helveciana*, la *jóven francesa*, el difunto rey de Baviera, la difunta reina de Baviera, que se parece á una mujer á quien conozco y cuyo nombre no puedo recordar, logré conciliar por algunos minutos el sueño.

Levantéme el 22 á las siete, y habiéndome quitado un baño lo que me quedaba de cansancio, me ocupé solo de mi aldea, como el capitán Cook de un islote descubierto por él en el Océano Pacífico.

Waldmunchen está situado sobre la pendiente de una colina, y se asemeja bastante á una aldea derruida de los Estados Romanos; algunas fachadas pintadas al fresco, un arco á la entrada y á la salida de la calle principal, punto de tiendas ostensibles, una fuente seca en la plaza, un empedrado detestable mezclado de losas grandes y de pequeños guijarros, como el que se ve solo en Quimper-Corentin.

El pueblo, cuya apariencia es rústica, no viste traje particular. Las mujeres van con la cabeza al aire ó envuelta en un pañuelo, á la manera de las lecheras de París; sus vestidos son cortos y andan con las piernas y pies desnudos como los niños. Los hombres van vestidos, parte como los habitantes del pueblo de nuestras ciudades, y parte como nuestros antiguos aldeanos. A Dios gracias, solo llevan sombreros, y les son desconocidos los infames gorros de algodón de nuestros compatriotas.

Todos los días hay, *ut mos*, espectáculo en Waldmunchen, y yo asistí á presenciarlo. A las seis de la mañana un pastor anciano, alto y delgado recorre la aldea en diferentes paradas, y toca una trompa recta,

de seis piés de largo, que de lejos podría tomarse por una bocina ó un cayado de pastor. Primero despide tres sonidos metálicos bastante armoniosos, y luego hace oír el aire precipitado de una especie de *galed* ó aire de los boyeros de Suiza, imitando los mugidos de los bueyes y los gruñidos de los cerdos. La tocata concluye con una nota sostenida y que sube hasta el falsete.

Súbitamente salen por todas las puertas vacas, becerros, terneros, toros, é invaden mugiendo la plaza de la aldea; suben ó bajan de todas las calles circunvecinas, y formados en columna toman el camino acostumbrado para ir á pacer. Sigue detrás caracoleando el escuadrón de puercos, que se asemejan á javalíes, y van gruñendo. Los carneros y corderos, colocados á la cola, forman bando la tercera parte del concierto; los gansos componen la reserva, y en un cuarto de hora todo desaparece.

Por la tarde á las siete se oye de nuevo la trompa, y es señal de que vuelve el ganado. El orden de la tropa es distinto, los puercos forman la vanguardia, siempre con la misma música: algunos, á manera de exploradores, corren á la aventura ó se detienen en todas las esquinas: los carneros desfilan, las vacas con sus hijos, hijas y maridos cierran la marcha: los gansos van ondeando por los costados. Todos esos animales vuelven á sus techados, y ninguno se engaña de puerta; pero hay cosacos que van al merodeo, aturdidos que juegan y no quieren entrar, jóvenes toros que se obstinan en quedarse con una compañera que no es de su establo. Entonces vienen las mujeres y los niños con sus varas, y obligan á los descarriados á reunirse con los suyos y á los refractarios á someterse á la regla. Gozábame yo en aquel espectáculo, como en otro tiempo Enrique IV en Chaunay se divertía con el vaquero llamado Tou-le-Monde, que reunía sus ganados al son de la trompeta.

Hace bastantes años que estando en el palacio de Fervaques, en Normandía, en casa de Mad. de Custines, ocupaba yo la habitación de ese Enrique IV: mi cama era enorme: el bearnés había dormido en ella con alguna Florette: gané allí el realismo, pues naturalmente no lo tenía. El palacio se halla rodeado de fosos llenos de agua. Las vistas de mi ventana se extendían sobre praderas que cruza el pequeño río de Fervaques. En aquellas praderas vi una mañana una elegante marrana, de extraordinaria blancura, que parecía ser la madre del príncipe cochinito. Hallábase echada al pié de un sauce sobre la fresca yerba, en el rocío: un joven berraco cogió un poco de musgo fino, y picado con sus colmillos de marfil fué á esparcirlo sobre la que dormía; por tantas veces renovó esta operación, que la blanca marrana concluyó por quedar enteramente oculta: no se veían más que unas patas negras que salían entre la capa de verde que le cubría.

Sea dicho esto en honor de un animal de mala fama del que me avergonzaria de haber hablado demasiado, si Homero no lo hubiese cantado. Echo de ver, en efecto, que esta parte de mis *Memorias* no es sino una Odissea. Waldmunchen es Itaca: el pastor es el fiel Eumeo con sus puercos: yo soy el hijo de Laertes, de vuelta de recorrer la tierra y los mares. Quizá hubiera hecho mejor en embriagarme con el néctar de Ebantheo, en comer la flor de la planta moli, en afeminarme en el país de los lotófagos, en permanecer en casa de Circe, ó en obedecer al cántico de las sirenas, que me decían: «Acérate; ven con nosotras.»

22 de mayo de 1835.

Si tuviese veinte años, buscaría algunas aventuras en Waldmunchen como medio de abreviar las horas; pero á mi edad no tiene uno mas escala de seda que en recuerdo, ni escala paredes mas que con sombras. En

otro tiempo estaba yo muy unido con mi cuerpo, y le aconsejaba que viviese cuerdamente, á fin de que apareciese esbelto y robusto por unos cuarenta años. El se burlaba de los juramentos de mi alma; se obstinaba en divertirse, y no habria dado dos blancas por ser un solo día lo que se llama un hombre bien conservado.—«¡Vaya al diablo! decía: ¡qué he de ganar con escatimar de mi primavera las dulzuras de la vida cuando nadie querrá compartirlas conmigo!» Y se entregaba á los placeres hasta saciarse.

Me hallo, pues, obligado á tomarlo tal como se halla en la actualidad. El 22 le llevé á pasear al Sudeste de la aldea, y seguimos entre las canteras un arroyo que ponía en movimiento unas fábricas. En Waldmunchen se fabrican telas, cuyas piezas estaban extendidas sobre los prados; las muchachas encargadas de mojarlas corrian con los pies desnudos sobre las zonas blancas precedidas de los chorros de agua que brotaban de sus regaderas, como los jardineros riegan un cuadro de flores. A lo largo del arroyo iba yo pensando en mis amigos; me enternecía á su recuerdo, y me preguntaba luego qué dirían de mí en París:—«¿Habrá llegado? ¿Habrá visto á la familia real? ¿Volverá pronto?» Y reflexionaba si enviaria á Jacinto á buscar manteca fresca y pan moreno para comer berros á orillas de una fuente, bajo un grupo de chopos. Mi vida no tenía mas ambición que esa. ¿Por qué la fortuna ha unido los faldones de mi ropilla con el paño del manto de los reyes?

Al volver á la aldea pasé junto á la iglesia: á la muralla hay unidos dos santuarios: el uno presenta á San Pedro Advíncula con un tronco para los presos, y eché en él unos cuantos *krentzer* en memoria de la prision de Pellico y de mi celda en la prefectura de policía. El otro santuario representa la escena del monte de las Olivas, escena tan tierna y sublime, que ni aun allí aparecía destruida por lo grotesco de los personajes.

Apresuré mi comida, y corrí á la oración de la tarde, á que oía tocar. Al volver la esquina de la angosta calle de la iglesia, se me ofreció á la vista una perspectiva de colinas lejanas: un resto de claridad respiraba aun en el horizonte, y esa claridad moribunda venía del lado de Francia. Atraveséme el corazón un sentimiento profundo. ¿Cuándo acabará mi peregrinación? Yo atravesé las tierras germánicas, bien miserable, cuando volvía del ejército de los príncipes, y en gran triunfo cuando me dirigía á Berlin, siendo embajador de Luis XVIII; después de tantos y tan diversos años, penetraba de oculto en el interior de esa misma Alemania para buscar al rey de Francia, destruido de nuevo.

Entré en la iglesia, la cual estaba enteramente oscura; no había siquiera en ella una lámpara encendida. A través de las tinieblas no podía reconocer el santuario bajo una bóveda gótica sino por su oscuridad mas densa. Las paredes, los altares, los pilares me parecían cargados de adornos y de cuadros llenos de molduras: la nave estaba ocupada por bancos juntos y paralelos.

Una mujer anciana rezaba en alta voz los *Padrenuestros* del rosario, y otras mujeres jóvenes y ancianas á quienes no veían contestaban las *Avemarías*. La anciana articulaba bien; su voz era clara; su acento grave y patético, y se hallaba dos bancos mas allá que yo: su cabeza se inclinaba lentamente en la sombra cada vez que pronunciaba la palabra *Cristo*, añadiendo alguna oración al *Padrenuestro*. Al rosario siguió la letanía de la Virgen, y los *ora pro nobis* salmodiados en alemán por las invisibles devotas resonaban á mi oído como la palabra repetida: ¡*Esperanza, esperanza, esperanza!* Salimos de allí en tropel, y me fuí á acostar con la esperanza. Mucho tiempo hacía que no la había estrechado en mis brazos, pero nunca envejece, y se la quiere siempre, á pesar de sus infidelidades.

Segun Tácito, los germanos creen la noche mas antigua que el día: *Nox ducere diem videtur*. Yo no obstante he contado noches jóvenes y días sempiternos. Los poetas nos dicen tambien que el sueño es hermano de la muerte; no lo sé, pero seguramente la vejez es su pariente mas cercana.

25 de mayo de 1835.

El 23 por la mañana mezcló el cielo algunas dulzuras á mis males: Bautista me notició que el hombre de mas consideracion en el pueblo, el cervecero, tenía tres hijas, y poseía mis obras, colocadas entre sus toneles. Cuando salí, el señor y dos hijas suyas me miraban pasar: ¿qué hacia la tercera hija? En otro tiempo vino á mis manos una carta del Perú, escrita de mano de una dama prima del sol, la cual admiraba á Atala; pero ser conocido en Waldmunchen, á las barbas mismas del lobo de Haselbach, era cosa mil veces mas gloriosa; verdad es que esto pasaba en Baviera, á una legua de Austria, ludibrio de mi fama. ¿Quiere saberse lo que habria sucedido si mi excursion á Bohemia hubiese sido emprendida por mi solo? (¿Pero que hubiera ido á hacer por mi solo en Bohemia?) Detenido en la frontera, habria vuelto á París. Un hombre habia pensado hacer un viaje á Pekin: vió un amigo suyo en el puente real en París, y le dice:—«¿Cómo es eso? Yo os creía en la China.—He vuelto: esos chinos me han puesto dificultades en Canton, y los dejé plantados allí.»

Conforme estaba Bautista refiriéndome mis triunfos, el clamoreo de un entierro me hizo asomar á la ventana. Pasa el cura precedido de la cruz, y afluyen hombres y mujeres, aquellos con capas y estas con vestidos y tocas negras. El cuerpo, sacado á tres puertas de la mia, fue conducido al cementerio: media hora despues volvieron los acompañantes sin el acompañado. Dos muchachas tenían sus pañuelos sobre los ojos, y una de ellas lanzaba gritos: ambas lloraban á su padre: el difunto era el que recibió el Viático el día de mi llegada.

Si mis *Memorias* llegan á Waldmunchen, cuando yo mismo haya dejado de existir, la familia hoy de luto hallará en ellas la fecha de su dolor pasado. Quizá el agonizante haya oído desde el fondo de su lecho el ruido de mi carruaje: este es el único rumor que habrá llegado de mí á sus oídos en la tierra.

Dispersada la multitud, tomé el camino que habia visto seguir al convoy en la direccion del Levante de invierno. Hallé primero una laguna de agua estancada, á cuya orilla corría rápidamente un arroyo como la vida á orillas de la tumba. Las cruces á la vuelta de un montecillo me indicaron el cementerio. Subí un camino practicado en una hondonada, y la brecha de una pared me introdujo en el santo recinto.

Surcos de arcilla representaban los cuerpos sobre la tierra: en diferentes puntos se elevaban cruces que marcaban los boquetes por donde los viajeros habían entrado en el nuevo mundo, como las boyas indican en la embocadura de un río los pasos abiertos á los barcos. Un pobre anciano cavaba la sepultura de un niño; todo sudoroso y con la cabeza descubierta, no cantaba ni bromeaba, á semejanza de los *clowns* de Hamlet. Mas lejos había otra fosa, junto á la cual se veía un banquillo, una palanca y una cuerda para descender á la eternidad.

Fuí directamente á aquella fosa, que parecía decirme: «¡Mira una buena ocasion!» En el fondo del hoyo yacía el reciente ataúd cubierto de una poca de tierra, aguardando la demás. Una pieza de lienzo blanqueaba sobre el césped: los muertos tenían cuidado de su sudario.

El cristiano alejado de su país tiene siempre el medio de transportarse á él súbitamente, visitando alre-

dedor de las iglesias el último asilo del hombre: el cementerio es el campo de familia y la religión la patria universal.

Eran las doce del día cuando volví: según todo cálculo, el propio no podía estar de vuelta antes de las tres; pero con todo, cada pisada de caballo me hacia asomarme á la ventana: conforme se iba acercando la hora, me convenia de que no llegaría el permiso.

Para devorar el tiempo pedí la cuenta de mi gasto, y me puse á contar las gallinas que habia comido; otros mas ilustres que yo no han desdenado ese cuidado. Enrique Tudor, séptimo de este nombre, en quien terminaron las discórdias de la *Rosa blanca* y de la *Rosa encarnada*, como voy yo á unir la escapela tricolor, Enrique VII fue anotando página por página un cuaderno de cuentas que yo he visto: «A una mujer, por tres manzanas, doce sueldos; por haber descubierto tres liebres, seis chelines y ocho sueldos; á Bernardo, el poeta ciego, cien chelines (era mejor que Homero); á un hombre pequeño (*little man*), en Shafstesbury, veinte chelines.» Muchos hombres pequeños tenemos hoy, pero cuentan mas de veinte chelines.

A las tres, hora en que el propio podia ya estar de vuelta, fui con Jacinto al camino de Haselbach. Hacia viento, y el cielo estaba sembrado de nubes que pasaban por delante del sol, arrojando su sombra á los campos y á las arboledas. Ibamos precedidos de un rebaño de la aldea, que levantaba en su marcha el noble polvo del ejército del gran duque de Quirocía, tan valerosamente combatido por el hidalgo de la Mancha. En lo alto de una de las cuestas del camino se elevaba un calvario, desde el cual se descubría una larga faja de la calzada. Sentado en un barranco, preguntaba á Jacinto:—«Hermana Ana, ¿no ves venir nada?» Algunos carruajillos de aldea, vistos á lo lejos, nos hacian latir el corazón; al acercarse aparecian vacíos, como todo cuanto lleva ensueños. Tuve que volverme á casa, y comí bien tristemente. Todavía quedaba una tabla despues del naufragio; á las seis debía pasar la diligencia: ¿y no podia esta traer la respuesta del gobernador? Dan las seis, y la diligencia no llega. A las seis y cuarto entra Bautista en mi habitación: «Acaba de llegar de Praga el correo ordinario, y nada trae para vos.» Extinguióse el último rayo de esperanza.

CARTA DEL CONDE DE CHOTEK.—LA ALDEANA.—SALIDA DE WALDMUNCHEN.—ADUANA AUSTRIACA.—ENTRADA EN BOHEMIA.—MONTE DE PINOS.—CONVERSACION CON LA LUNA.—PILSEN.—GRANDES CAMINOS DEL NORTE.—VISTA DE PRAGA.

Apenas habia salido Bautista de mi cuarto, se presentó Schwartz agitando en el aire una carta con un gran sello, y gritando: «Aquí está la respuesta.» Cojo el despacho, rompo el sello, y veo que aquel contenia, con una carta del gobernador, el permiso y un billete de Mr. de Blacas. La carta del conde de Chotek decia asi:

Praga 23 de mayo de 1855.

«Señor vizconde: Siento mucho que á vuestra entrada en Bohemia hayais experimentado dificultades y retrasos en vuestro viaje. Pero atendiendo á las órdenes severas que hay en nuestras fronteras para todos los viajeros que vienen de Francia, órdenes que hallareis vos mismo muy naturales en las circunstancias presentes, no puede menos de aprobar la conducta del gefe de la aduana de Haselbach. A pesar de la celebridad europea de vuestro nombre, tendreis á bien disculpar á ese empleado, que no tiene el honor de co-

noceros personalmente, si ha concebido dudas sobre la identidad de la persona, con tanto mas motivo, cuanto que vuestro pasaporte no estaba visado mas que para Lombardia y no para todos los Estados austriacos. En cuanto á vuestro proyecto de viaje á Viena, escribo hoy sobre el particular al príncipe de Metternich, y me apresuraré á comunicaros su respuesta cuando lleguéis á Praga.

Tengo el honor de enviaros adjunta la respuesta del duque de Blacas, y os ruego tengais á bien recibir las seguridades de la alta consideracion con que tengo el honor de ser

«EL CONDE DE CHOTEK.»

Esta respuesta era cortés y digna: el gobernador no podia abandonar la autoridad inferior, que en último resultado no habia hecho mas que su deber. Yo mismo habia previsto en París las objeciones de que podria ser objeto mi antiguo pasaporte. En cuanto á Viena, habia hablado de ella con un objeto político, á fin de tranquilizar al conde de Chotek y demostrarle que no huía del príncipe de Metternich.

El jueves 24, á las ocho de la noche, subí al carruaje. ¿Quién lo habia de creer? Dejé á Waldmunchen con cierta especie de pesar. Habíame acostumbrado ya á mis patrones y estos á mí; conocia todos los semblantes en las ventanas y en las puertas: cuando me paseaba me recibian con aire de benevolencia. La vecindad acudió á ver rodar mi carruaje, desquiciado como la monarquía de Hugo Capeto. Los hombres se quitaban sus sombreros; las mujeres me hacian una pequeña señal de congratulacion. Mi aventura era objeto de las conversaciones de la aldea, y todos tomaban mi partido: los bávaros y los austriacos se detestan: los primeros estaban orgullosos de haberme dejado pasar.

Varias veces habia yo visto en el umbral de su cabaña á una jóven waldmunchana, de rostro á manera de las primeras vírgenes de Rafael: su padre, aldeano de honrado continente, me saludaba hasta el suelo con su sombrero de alas anchas, y me hacia en alemán un saludo, que yo le devolvía cordialmente en francés: su hija, colocada detrás de él, se ruborizaba mirándome por encima del hombro del anciano. Volví á hallar á mi virgen; pero estaba sola. Hiciele un ademán de despedida, y ella permaneció inmóvil, como admirada. Yo queria creer que no pensaba en no sé qué vago pesar, y la dejé como una flor silvestre encontrada en un foso á orillas de un camino, y que ha embalsamado el paso. Atravesé los rebaños de Eumeo, y este se descubrió la cabeza, encanecida en el servicio de los carneros. Habia terminado su día, y regresaba para dormir con sus ovejas, mientras que Ulises iba á continuar sus destinos.

Habíame yo dicho antes de recibir el permiso:—«Si lo obtengo, confundiré á mi perseguidor.» Cuando llegué á Haselbach me sucedió, como á Jorge Dandin, que mi maldita bondad volvió á levantar su cabeza: no tengo corazón para el triunfo. Como un verdadero cobarde me hundí en el rincón de mi carruaje, y Schwartz presentó la orden del gobernador: habria yo sufrido mucho con la confusion del aduanero. El por su parte no se presentó, ni aun hizo siquiera registrar mi equipaje. ¿Quédese en paz! ¡Perdóneme las injurias que le he dicho, y que por un resto de rencor no borraré de mis *Memorias*!

Al salir de Baviera por este lado, sirve de pórtico á Bohemia un oscuro y vasto monte de abetos. Vagaban vapores en las arboledas; declinaba el día, y el cielo al Oeste presentaba un color de flor de melocotonero: los horizontes bajaban hasta tocar casi la tierra. Falta la luz en aquella latitud, y con la luz la vida: todo está apagado, frío, pálido: parece que el invierno encarga al verano que le guarde

la escarcha hasta su próxima vuelta. Un pequeño trozo de luna que se veia brillar me causó placer; no estaba perdido todo, puesto que hallaba un rostro conocido. Este parecia decirme:—«¿Tú aquí? ¿Recuerdas que te he visto en otros montes? ¿Recuerdas las ternezas que me decias cuando eras jóven? Ciertamente que no hablabas mal de mí. ¿De qué proviene ahora tu silencio? ¿A dónde vas solo y tan tarde? ¿Con que nunca cesas de emprender de nuevo tu carrera?»

«Oh luna! tienes razon; pero si hablaba bien de tus encantos, tú sabes los servicios que me prestabas: tú iluminabas mis pasos cuando me paseaba con mi fantasma de amor. ¡Hoy mi cabeza está plateada, á semejanza de tu rostro, y te extrañas de hallarme solitario, y me desdeñas! Y sin embargo, he pasado noches enteras envuelto en tus velos. ¿Te atreverás á negar nuestras citas en los céspedes y á lo largo de los mares? ¿Cuántas veces miraste mis ojos fijos en los tuyos! Astro ingrato y hurlon, ¿me preguntas á dónde voy tan tarde? Es una dureza echarme en cara la continuacion de mis viajes. ¡Ay! Si camino tanto como tú, no me rejuvenezco á semejanza tuya, que vuelves á entrar á cada mes bajo el círculo brillante de tu cuna. Yo no cuento lunas nuevas; mi descuento no tiene otro término que mi completa desaparicion, y cuando quede extinguido, no volveré á encender mi antorcha como enciendes tú la tuya.

Caminé toda la noche, atravesando á Teinitz Stankau y Staab. El 25 por la mañana pasé por Pilsen, el *hermoso cuartel*, en estilo hómérico. Sobre la ciudad pesa ese aire de tristeza que reina en este país. En Pilsen esperó Wallenstein coger un cetro; tambien estaba yo allí en busca de una corona; pero no para mí.

El campo está cortado y sembrado de eminencias, llamadas montañas de Bohemia, pechos cuyo extremo se halla marcado por pinos, y cuyo contorno se halla delineado el verdor de los sembrados.

Las aldeas son escasas. Algunas fortalezas hambrientas de prisioneros se encaraman sobre las rocas como los viejos buitres. De Zditz á Beraun, los montes á la derecha aparecen calvos: se cruza una aldea, los caminos son espaciosos, y las postas están bien montadas: todo anuncia una monarquía que imita á la antigua Francia.

Juan el ciego, en tiempo de Felipe de Valois, y los embajadores de Jorge, en el de Luis XI; ¿por qué veredas pasaron? ¿A qué vienen los caminos modernos de Alemania? Permanecerán desiertos, porque ni la historia, ni las artes, ni el clima llaman á los extranjeros á su calzada solitaria. Para el comercio es inútil que los caminos públicos sean tan anchos y tan costoso de sostener el tráfico mas rico de la tierra; el de India y Persia se verifica á lomo de mulas, asnos y caballos y por estrechos senderos apenas trazados al través de las cadenas de montañas ó de las zonas de arena. Los grandes caminos actuales en países poco frecuentados solo servirán para la guerra, voluntarios al servicio de nuevos bárbaros, que saliendo del Norte con el inmenso tren de armas de fuego vendrán á inundar regiones favorecidas por la inteligencia y el sol.

Por Beraun pasé el pequeño rio del mismo nombre, bastante maligno, como todos los gozquecillos. En 1784 llegó al nivel trazado sobre las paredes de la casa de correos. Pasado Beraun se encuentran algunas colinas, rodeadas de gargantas que se escotan á la entrada de una llanura. Desde esa llanura entra el camino en un valle de líneas vagas, cuyo regazo ocupa una aldea. Allí toma origen una larga cuesta que conduce á Duschnick, última parada de postas. Muy luego, bajando hácia un promontorio opuesto, en cuya cima se eleva una cruz, se descubre á Praga en las dos orillas del Moldava. En esta ciudad es donde los hijos primogénitos de San Luis concluyen una vida de des-

tierro; donde el heredero de su raza principia una vida de proscripcion, mientras que su madre languidece en una fortaleza sobre el suelo de donde fue expulsada. ¡Franceses, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, aquella á quien vuestros padres abrieron las puertas del Temple, la habeis enviado á Praga, no habiendo querido conservar entre vosotros este monumento único de grandeza y de virtud! ¡Ah mi anciano rey! ¡Vos, á quien me complazco, porque estais caído, en llamar mi señor! ¡Oh, jóven infante, á quien yo el primero he proclamado rey! ¿Qué voy á deciros? ¿Cómo me atreveré á presentarme ante vosotros, yo, que no estoy desterrado y me hallo en libertad de volver á Francia, de exalar mi último suspiro en la atmósfera que inflamó mi pecho cuando respiré por la vez primera; yo, cuyos huesos pueden descansar sobre la tierra natal! ¡Cautiva de Blaye, voy á ver á vuestro hijo!

PALACIO DE LOS REYES DE BOHEMIA.—PRIMERA ENTREVISTA CON CARLOS X.

Praga 24 de mayo de 1855.

Entré en Praga el 24 de mayo á las siete de la tarde, y me apeé en la fonda de los Baños, en la ciudad antigua construida sobre la orilla izquierda del Moldava. Escribí un billete al duque de Blacas para avisarle mi llegada, y recibí la respuesta siguiente:

«Si no estais muy cansado, señor vizconde, tendrá el rey sumo placer en recibirnos esta misma noche á las diez menos cuarto; pero si deseais descansar S. M. os veria con gran satisfaccion mañana por la mañana á las once y media.

»Recibid, os ruego, mis mas solícitos afectos.

»Viernes 24 de mayo á las siete.

«BLACAS DE AULPS.»

No creí deberme aprovechar de la alternativa que se me presentaba; á las nueve y media de la noche me puse en camino, acompañado por un hombre de la fonda, que sabia algunas palabras de francés. Subí calles silenciosas, sombrías y sin faroles hasta el pié de la elevada colina que corona el inmenso palacio de los reyes de Bohemia. El edificio destacaba su negra mole sobre el cielo: ninguna luz salia de sus ventanas, y advertíase allí algo de la soledad, del aspecto y de la grandeza del Vaticano, ó del templo de Jerusalem, visto desde el valle de Josafat. No se oía mas que el ruido de mis pasos y el de los de mi guía, viéndome obligado á detenerme por intervalos en las plataformas del empedrado escalonado, pues tan pendiente era la cuesta.

A medida que subia iba descubriendo la ciudad por bajo. Los encadenamientos de la historia, la suerte de los hombres, la destruccion de los imperios, los designios de la Providencia, se presentaban á mi memoria, identificándose con los recuerdos de mi propio destino: despues de haber explorado ruinas muertas, me veia llamado á presenciar ruinas vivas.

Luego que llegamos á la esplanada sobre que está construido Hradschin, atravesamos un puesto de infantería, cuyo cuerpo de guardia estaba vecino al postigo exterior. Penetramos por este en un patio cuadrado rodeado de edificios uniformes y desiertos. Enfilamos por la derecha, en el piso bajo, un largo corredor, iluminado de trecho en trecho por faroles de vidrio colgados en la pared, como en un cuartel ó en un convento. Al final de aquel corredor arranca una escalera, al pié de la cual se paseaban dos centinelas. Al subir el segundo piso encontré á Mr. Blacas de que bajaba. Entré con él en las habitaciones de Carlos X, endonde habia tambien dos granaderos

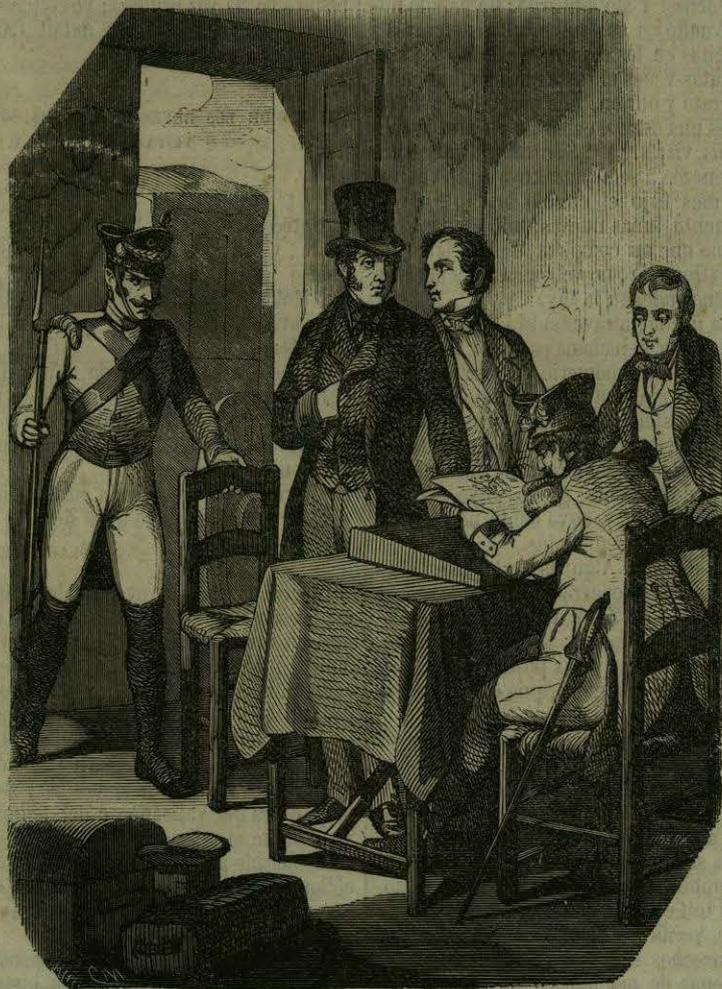
de centinela. Aquella guardia extranjera; aquellos uniformes blancos á la puerta del rey de Francia, me causaban una impresion penosa. Ocurrióme la idea de una prision antes que la de un palacio.

Pasamos tres salones oscuros y casi desamueblados, y parecíame vagar todavía por el imponente monasterio del Escorial. Mr. de Blacas me dejó en el tercer salon para ir á avisar al rey con la misma etiqueta que en las Tullerías. Volvió á buscarme, me introdujo en el despacho de S. M., y se retiró.

Carlos X se acercó á mí, y me tendió la mano cordialmente, diciéndome:—«Bien venido bien venido.

Mr. de Chateaubriand; mucho me alegro de veros: os aguardaba. No hubiérais debido venir esta noche, porque estareis muy cansado. No esteis de pié: sentémosnos. ¿Cómo está vuestra esposa?»

Nada quebranta tanto el corazon como la sencillez de las palabras en las posiciones elevadas de la sociedad y en las grandes catástrofes de la vida. Echeme á llorar como un niño, y apenas podia sofocar con mi pañuelo el ruido de mis lágrimas. Todas las cosas osadas que habia hecho propósito de decir; toda la vana é inflexible filosofia de que pensaba armar mis discursos, todo me faltó. ¡Yo convertirme en peda-



ADUANA AUSTRIACA.

gogo de la desgracia! ¡Yo atreverme á hacer observaciones á mi rey, á mi rey de cabellos blancos, á mi rey proscrito, desterrado, próximo á dejar en tierra extranjera sus restos mortales! Mi anciano príncipe me tomó de nuevo de la mano al ver la turbacion de ese implacable enemigo, de ese duro combatiente de las ordenanzas de julio. Sus ojos estaban humedecidos; hizome sentar al lado de una mesita de madera, sobre la que habia dos velas: sentóse al lado de la misma mesa, inclinando hácia mí su oído bueno para oír mejor, advirtiéndome así de sus años, que venían á mezclar sus achaques comunes á las calamidades extraordinarias de su vida.

Erame imposible volver á hallar la voz al ver en la morada de los emperadores de Austria al sexagési-

mo octavo rey de Francia, encorvado bajo el peso de aquellos reinados y de setenta y seis años: de estos años, veinte y cuatro habian trascurrido en el destierro y cinco sobre un trono vacilante: el monarca acababa sus últimos dias en un último destierro, con el nieto cuyo padre habia sido asesinado y cuya madre se hallaba prisionera. Carlos X, con el fin de interrumpir este silencio, me dirigí algunas preguntas. Entonces le expliqué brevemente el objeto de mi viaje; me anuncié como portador de una carta de la duquesa de Berry, dirigida á la delfina, en la que la prisionera de Blaye confiaba el cuidado de sus hijos á la prisionera del Temple, como práctica en la desgracia. Añadí que traía también una carta para los hijos. El rey me respondió:—«No se la entreguéis: ellos íg-

noran en parte lo que ha sucedido á su madre: dadme esa carta. Además, hablaremos de todo esto mañana á los dos: idos á acostar. Vereis á mi hijo y á los niños á las once, comereis con nosotros.» El rey se levantó, me dió las buenas noches, y se retiró.

Sali, y me reuní con Mr. de Blacas en el salon de entrada: el guía me esperaba en la escalera. Volví á mi habitacion, bajando las calles sobre un empedrado escurridizo con tanta rapidez como lentitud habia empleado en subir las.

EL DELFIN.—LOS INFANTES DE FRANCIA.—LOS DUQUES DE GUICHE.—TRIUNVIRATO.—LA INFANTA.

Praga 25 de mayo.

El día siguiente, 25 de mayo, recibí la visita del conde de Gosse, alojado en mi posada, y me refirió las disidencias del palacio relativamente á la educacion del duque de Burdeos. A las diez y media subí á Hrad-



CHATEAUBRIAND Y CARLOS X.

schin: el duque de Guiche me introdujo en la habitacion del delfin, y le encontré delgado y envejecido. Iba vestido con un frac muy raído abrochado hasta la barba, y que por lo largo que le venia parecia comprado en prendería, el pobre príncipe me causó extremada compasion.

El delfin tiene valor: su obediencia á Carlos X era lo único que le habia impedido mostrarse en Saint-Cloud y en Rambouillet como se habia mostado en Chiclana: su carácter se ha hecho mas agreste, y le causa repugnancia la vista de un semblante nuevo. Muchas veces suele decir al duque de Guiche:—«¿Por qué estais aquí? No necesito de nadie: no hay ratonera bastante pequena para ocultarme.»

Con frecuencia se le oía decir:—«Que no hablen de mí; que no se ocupen de mí; nada soy, ni quiero ser nada. Tengo veinte mil francos de renta, y es mas de lo que necesito. No debo pensar mas que en

mi salvacion y en tener un buen fin.» También ha dicho:—«Si mi sobrino necesitase de mí, le serviría con mi espada, pero he firmado contra mi gusto mi abdicacion por obedecer á mi padre: no la renovaré, ni firmaré ya nada, que me dejen en paz. Mi palabra basta, pues yo nunca miento.»

Y así es la verdad: su boca no ha dicho jamás mentira alguna; lee mucho, y es bastante instruido, aun en idiomas: su correspondencia con Mr. de Villele durante la guerra de España tiene su mérito, y su correspondencia con la delfina, interceptada é inserta en *El Monitor*, hace que se le ame. Su probidad es incorruptible; su religion profunda; su piedad filial se eleva hasta la virtud; pero una timidez invencible quita al delfin el uso de sus facultades.

A fin de que estuviese mas á su placer, evité hablarle de política, y me limité á informarme de la salud de su padre; asunto sobre el cual nunca sabe

acabar de hablar. La diferencia de clima de Edimburgo y Praga, la gota continua del rey, los baños de Toepnitz que este iba á tomar, lo bien que le sentarian: tal fue el asunto de nuestra conversacion. El delfin vela sobre Carlos X como pudiera hacerlo sobre un niño: le besa la mano cuando se acerca á él; se informa de cómo ha pasado la noche, alza su pañuelo; habla alto para que le oiga; le impide comer lo que puede hacerle daño; le hace poner ó quitar una levita, segun el grado de calor ó de frio: le acompaña á paseo, y le trae á su casa. No habló de otra cosa: ni una palabra de las jornadas de julio, ni de la caída de un imperio, ni del porvenir de la monarquía. — «Son ya las once, me dijo, y vais á ver á los infantes: á la hora de comer nos veremos de nuevo.»

Condujéronme al cuarto del gobernador, abriéronse las puertas, y vi al varon de Damas con su alumno, á Mad. de Gontaut con la infanta, á Mr. de Barande, á Mr. Lavilatte, y algunos otros leales servidores, de él todos. El jóven príncipe, asustado, me miraba de lado y miraba á su gobernador como para preguntarle qué debía hacer; de qué modo habia de proceder en tal peligro, ó como para obtener el permiso de hablarle. La infanta medio se sonreía, de una manera tímida é independiente, y parecia prestar atencion á los actos y ademanes de su hermano. Mad. de Gontaut se mostraba orgullosa de la educacion que le habia dado. Despues de saludar á los dos príncipes, me dirigí al huérfano, y le dije: — «¿Me permite Enrique V que ponga á suspiés el homenaje de mi respeto? Cuando vuelva á ocupar el trono, quiz se acuerde que tuve el honor de decir á su madre: — «Señora, vuestro hijo es mi rey.» De consiguiente yo he sido el primero en proclamar á Enrique V rey de Francia, y un jurado francés, absolviéndome, ha dejado subsistente mi proclamacion. ¡Viva el rey!»

Aturrido el príncipe de oírse llamar rey, y de oír hablar de su madre, de quien nunca le hablaban, retrocedió hasta donde estaba el baron de Damas, pronunciando algunas palabras acentuadas, pero casi en voz baja. Dije á Mr. Damas:

— «Señor varon, parece que mis palabras admiran al rey: veo que nada sabe de su valerosa madre, y que ignora lo que sus servidores tienen á veces la dicha de hacer por la causa de la monarquía legítima.»

El gobernador me contestó:

— «Se hace saber á monseñor lo que fieles súbditos como vos, señor vizconde...»

Mr. de Damas no acabó su frase, y se apresuró á declarar que habia llegado la hora del estudio. Invitéme para la leccion de equitacion á las cuatro.

Fuí á hacer una visita á la duquesa de Guiche alojada bastante lejos de allí, en otra parte del palacio: necesitábase cerca de diez minutos para cruzar hasta allí de corredor en corredor. Estando de embajador en Londres di una pequeña fiesta en honor de Madama de Guiche, en todo el brillo á la sazón de su juventud, y seguida de una turba de adoradores: en Praga la encontré cambiada; pero me agradaba mas la expresion de su rostro. Su peinado le sentaba muy bien: sus cabellos, cogidos en pequeñas trenzas, como los de una odalisca ó los de una medalla de Sabina, caian formando onda por los lados de su frente. La duquesa y el duque de Guiche representaban en Praga la belleza encadenada á la adversidad.

Mad. de Guiche habia sido informada de lo que yo habia dicho al duque de Burdeos, y me notició que se queria alejar á Mr. de Barande: que se trataba de llamar jesuitas, y que Mr. de Damas habia suspendido, pero no abandonado, sus designios.

Existia un triunvirato compuesto del duque de Blacas, del baron de Damas y del cardenal Latil, que aspiraba á apoderarse del reinado futuro, aislando al jóven rey y educándole en principios y por hombres

antipáticos á Francia. El resto de los habitantes del palacio intrigaba contra el triunvirato; los mismos infantes estaban al frente de la oposicion. Esta sin embargo, tenia diferentes matices; el partido Gontaut no era enteramente el partido Guiche; la marquesa de Bouille, trasfuga del partido Berry, se ponía del lado del triunvirato con el abate Moligny. La delfina, colocada á la cabeza de los imparciales, no era precisamente favorable al partido de la jóven Francia, representado por monsieur de Barand; pero como mimaba al duque de Burdeos, se inclinaba con frecuencia hácia su lado, y le sostenía contra su gobernador.

Mad. de Agoult, adicta en cuerpo y alma al triunvirato, no tenia otro crédito con la delfina que el de la presencia y el de la importunidad.

Despues de haber cumplido con Mad. de Guiche, me fuí á ver con Mad. de Gontaut, la cual me esperaba con la princesa Luisa.

La infanta hace recordar un tanto á su padre: sus cabellos son blondos; sus ojos azules tienen una expresion de finura; pequeña para su edad, no está tan formada como la representan sus retratos. Toda su persona es una mezcla de niña, jóven y princesa: mira con los ojos bajos, y sonríe con una sencilla coquetería que no carece de arte: no sabe uno si debe referirle cuentos de hadas ó hacerle una declaracion, ó hablarle con respeto como á una reina. La princesa Luisa une á las habilidades de adorno mucha instruccion: habla inglés, y principia á saber bien el alemán: hasta tiene un poco de acento extranjero, y principia ya á marcarse el destierro en su lenguaje.

Mad. de Gontaut me presentó á la hermana de mi pequeño rey: inocentes fugitivos, parecian dos gacelas ocultas entre ruinas. Presentóse la señorita de Vachon, aya segunda, jóven excelente y distinguida. Sentámonos, y Mad. de Gontaut me dijo:

— «Podemos hablar; la infanta lo sabe todo, y deplora con nosotros lo que vemos.»

La infanta me dijo al punto:

— «¿Qué necio ha estado Enrique esta montaña! El abuelo nos habia dicho: — «A ver si adivináis á quien vais á ver mañana: es una potencia de la tierra.» Nosotros le dijimos: — «Será al emperador. — No, nos dijo el abuelo.» Entonces nos pusimos á pensar, pero no acertamos. — «Es al vizconde de Chateaubriand, nos dijo el abuelo;» y me dí con el puño en la frente por no haberlo adivinado.»

Y la princesa se golpeaba la frente ruborizándose como una rosa, y sonriendo graciosamente con sus bellos ojos, dulces y húmedos. Yo ardía en respetuosos deseos de besar su pequeña y blanca mano.

En seguida continuó:

— «¿No visteis lo que os dijo Enrique cuando le recomendásteis que se acordara de vos? Pues dijo: — «¿Oh, sí, siempre!» Pero con una voz tan baja! Tenia miedo á vos y á su gobernador. Yo le hacia señas. ¿Lo visteis? Esta noche quedareis mas contento, pues hablará: ya lo vereis.»

Esta solicitud de la jóven princesa hácia su hermano era encantadora, y yo me hacia reo casi de lesamagstad. La infanta lo conocia, y eso le daba cierto aire de conquista que le senta ba admirablemente bien. Apresurémeme á tranquilizarla sobre la impresion que me habia dejado Enrique.

— «Tenia gran placer, me dijo, en oír hablar de mamá delante de Mr. de Damas. ¿Saldrá pronto de la prision?»

Sabido es que yo traía una carta de la duquesa de Berry para los infantes; pero no les hablé de ella, porque ignoraban las circunstancias posteriores del cautiverio. El rey me habia pedido esa carta; pero creí que no debía dársela, y si llevarla á la delfina, á quien venia yo enviado, y que estaba tomando á la sazón los baños de Carlsbad.

Mad. de Gontaut me repitió lo que me habia dicho

Mr. de Cossé y Mad. de Guiche. La infanta se lamentaba con una formalidad de niña. Habiendo hablado su aya de la separacion de Mr. de Barande y de la llegada probable de un jesuita, la princesa Luisa se cruzó de manos, y dijo suspirando:

— «¡Eso será muy impopular!»

Yo no pude menos de reirme, y la princesa hizo lo mismo, ruborizándose siempre.

Quedábame algunos instantes ante de la audiencia del rey. Subí al carruaje, y fuí á ver al gran burgrave, el conde de Choteck. Habitaba este una casa de campo, á media legua de la ciudad, por el lado del palacio. Le encontré en casa, y le di las gracias por su carta. El conde me invitó á comer para el lunes 27 de mayo.

CONVERSACION CON EL REY.

Habiendo vuelto á palacio, á las dos fui introducido como el día antes á presencia del rey por Mr. de Blacas. Carlos X me recibió con su bondad acostumbrada y ese elegante desembarazo que los años hacen en él cada vez mas sensible. Hízome sentar de nuevo junto á su pequeña mesa. Véase cuál fue nuestra conversacion.

— «Señor, la señora duquesa de Berry me ha mandado que venga á veros y presentar una carta á la delfina. Ignoro lo que contiene esa carta, no obstante hallarse abierta y está escrita con limon, igualmente que la carta para los infantes. Pero en mis dos credenciales, la una ostensible y la otra confidencial, me explica María Carolina su pensamiento. Como dije ayer á V. M., pone durante su cautiverio á sus hijos bajo la proteccion particular de la señora delfina. La duquesa de Berry me encarga ademas que le dé cuenta de la educacion de Enrique V, llamado aquí el duque de Burdeos. Finalmente, la duquesa de Berry declara que ha contraído matrimonio secreto con el conde Hector Luchessi Palli, de familia ilustre. Estos matrimonios secretos de princesas, de que hay muchos ejemplos, no las privan de sus derechos. La duquesa de Berry pide que se la conserve en su condicion de princesa francesa, la regencia y la tutela. Cuando recobre su libertad se propone ir á Praga á abrazar á sus hijos y á poner sus respetos á los piés de V. M.»

El rey me contestó severamente, y yo saqué mi réplica lo mejor que pude de una recriminacion.

— «Perdóneme V. M.; pero se me figura que le han inspirado prevenciones: Mr. de Blacas debe ser enemigo de mi augusta cliente.»

Carlos X me interrumpió:

— «No; pero ella le ha tratado mal, porque le impedia hacer necedades y meterse en empresas locas.»

— «No le es dado á todo el mundo hacer necedades de esta especie: Enrique IV se batía como la duquesa de Berry, y, lo mismo que esta, no siempre tenia bastante fuerza.»

«Señor, continué: aun cuando no queráis que Mad. de Berry sea princesa de Francia, lo será á pesar vuestro: el mundo entero la llamará siempre la duquesa de Berry, la heroica madre de Enrique V: su intrepidez y sus padecimientos lo denominan todo: vos no podeis colocaros en el bando de sus enemigos; vos no podeis querer, á imitacion del duque de Orleans, mancillar con un mismo golpe á los hijos y á la madre: ¿tan difícil os es perdonar á la gloria de una madre?»

— «Pues bien, señor embajador, dijo el rey con un énfasis lleno de benevolencia: que la duquesa de Berry vaya á Palermo y viva allí maritalmente con Mr. Luchessi, á la vista de todo el mundo, y entonces se dirá á los infantes que su madre está casada y que vendrá á abrazarlos.»

Conocí que habia llevado ya el asunto demasiado

lejos; los puntos principales estaban obtenidos en su tres cuartas partes: la conservacion del título y la admision en Praga para una época mas ó menos remota. Seguro de conseguir el fin de mi empresa con la delfina, mudé de conversacion. Los ánimos obstinados se rebelan contra la insistencia, y con ellos se estropea todo, queriendo ganarlo á todo á viva fuerza.

Pasé á la educacion del príncipe en interés del porvenir, y sobre este punto fui poco comprendido. La religion ha hecho de Carlos X un solitario, y las ideas de este son del claustro. Deslicé algunas palabras sobre la capacidad de Mr. de Barande y le incapacidad de Mr. de Damas. El rey me dijo:

— «Mr. de Barande es hombre muy instruido; pero tiene mucho que hacer; habíasele elegido para enseñar al duque de Burdeos las ciencias exactas, y le enseña todo: historia, geografía y latin. Yo habia llamado al abate Maccorhy, á fin de que compartiese el trabajo con Mr. de Barande; pero ha muerto, y he puesto los ojos en otro maestro que tardará en llegar.»

Estas palabras me hicieron estremecer, porque el nuevo maestro no podia ser otro que un jesuita para reemplazar á otro jesuita. El hecho de que en el estado actual de la sociedad en Francia le ocurriese á Carlos X la idea de poner al lado de Enrique V á un discípulo de Loyola, era para hacer desesperar de la raza.

Luego que volví de mi asombro, le dije:

— «¿Y no teme el rey el efecto que puede causar en la opinion la eleccion de un maestro sacado de las filas de una sociedad célebre, pero calumniada?»

El rey exclamó:

— «¡Bah! ¿Todavía andais á vueltas con los jesuitas?»

Hablé al rey de las elecciones y del deseo que tenían los realistas de conocer su voluntad. El rey me respondió:

— «Yo no puedo decir á un hombre: «Prestad juramento contra vuestra conciencia. Los que creen deber prestarlo obran sin duda con buena intencion. Yo, querido amigo, no tengo prevencion ninguna contra los hombres, y me importa poco su vida pasada cuando quieren servir sinceramente á la Francia y á la legitimidad. Los republicanos me escribieron á Edimburgo, y acepté, en cuanto á su persona, todo cuanto me pedían; pero quisieron imponerme condiciones de gobierno, y las deseché. Nunca cederé en cuanto á los principios: quiero dejar á mi nieto un trono mas sólido que el mio. ¿Son hoy los franceses mas felices y mas libres de lo que lo eran conmigo? ¿Pagan menos contribuciones? ¿Valiente vaca es esa Francia! Si me hubiese yo permitido la cuarta parte de las cosas que se ha permitido hacer el duque de Orleans, cuántos gritos y cuántas maldiciones! Ellos conspiraban contra mí; lo han confesado, y yo quise defenderme...»

El rey se detuvo como embarazado por la multitud de sus pensamientos, y el temor de decir alguna cosa que me lastimase.

Todo eso estaba bien; ¿pero qué entendia Carlos X por los principios? ¿Habia reflexionado sobre la causa de las conspiraciones, verdaderas ó falsas, urdidas contra su gobierno? El rey continuó, despues de un momento de silencio:

— «¿Cómo están vuestros amigos los Bertin? Ya sabeis que no tienen por qué quejarse de mí: son harto severos con un hombre desterrado, que no les ha hecho mal alguno, al menos que yo sepa. Pero, querido, yo no echo la culpa á nadie; cada cual se conduce como le parece mejor.»

Aquella dulzura de temperamento, aquella mansedumbre cristiana de un rey expulsado y calumniado, me hizo asomar lágrimas á los ojos. Quise decir unas cuantas palabras acerca de Luis Felipe.

— «¡Ah! respondió el rey: el duque de Orleans...

ha creído... ¡qué quereis... los hombres son así.»

Ni una palabra amarga, ni una reconvencción, ni una queja salió de la boca del anciano tres veces desterrado. Y sin embargo, manos francesas habían echado abajo la cabeza de su hermano y atravesado el corazón de su hijo. ¡Tan rencorosas é implacables habían sido para él esas manos!

Elogió al rey con todo mi corazón y con voz conmovida. Preguntéle si no entraba en sus intenciones hacer cesar todas esas correspondencias secretas y despedir á todos esos comisionados que hacia cuarenta años estaban engañando á la legitimidad. El rey me aseguró que estaba resuelto á poner un término á esas impotentes intrigas: díjome que había designado ya algunas personas graves, en cuyo número me contaba, para componer en Francia una especie de consejo, propio para informarle de la verdad, y que Mr. de Blacas me lo explicaría todo. Supliqué á Carlos X que reuniese á sus servidores y me oyese; pero me remitió á Mr. de Blacas.

Llamé la atención del rey hácia la época de la mayoría de Enrique V, y le hablé de hacer una declaración, como cosa útil. El rey, que interiormente no quería semejante declaración, me invitó á presentarle el modelo. Respondí con respeto, pero con firmeza, que jamás formularía una acusación al pié de la cual no se hallara mi nombre por bajo del del rey. La razón era que no quería yo tomar bajo mi responsabilidad los cambios eventuales introducidos en un acta cualquiera por el príncipe de Metternich y por Mr. de Blacas.

Hice presente al rey que estaba demasiado lejos de Francia, y que había tiempo para hacer dos ó tres revoluciones en París antes de que él lo supiese en Praga. El rey replicó que el emperador le había dejado en libertad de elegir el punto de su residencia en todos los Estados austríacos, á excepción del reino de Lombardía.—«Pero, añadió S. M., las ciudades habitables en Austria, están todas, sobre poco más ó menos, á igual distancia de Francia: en Praga me hallo alojado por nada, y mi posición me obliga á este cálculo.»

Noble cálculo, por cierto, para un príncipe que había gozado por espacio de cinco años de una dotación de setenta millones anuales, sin contar las residencias reales; para un príncipe que había dejado á la Francia la colonia de Argel y el antiguo patrimonio de los Borbones, evaluado en una renta de veinte y cinco ó treinta millones.

—«Señor, le dije: vuestros fieles súbditos han pensado muchas veces que vuestra real indigencia podía tener necesidades, y están dispuestos á contribuir, cada cual según su fortuna, á fin de libraros de la dependencia del extranjero.»

—«Creo, mi querido Chateaubriand, me dijo riendo el rey, que no esteis más rico que yo. ¿Cómo habeis pagado vuestro viaje?»

—«Señor, me habría sido imposible llegar á vuestra presencia si la duquesa de Berry no hubiera dado orden á su banquero, Mr. Juan, para que me entregase seis mil francos.»

—«¡Bien poco es! exclamó el rey: ¿necesitais algún suplemento?»

—«No, señor; antes bien debería, dándome buena maña, volver algo á la pobre prisionera; pero no sé hacer lucir al dinero.»

—«En Roma vivisteis con grande espléndidez.»

—«Siempre he comido á conciencia lo que el rey me ha dado: no me ha quedado de ello ni dos sueldos.»

—«Ya sabeis que tengo siempre á vuestra disposición vuestra dotación de par; no la habeis querido.»

—«No, señor; porque teneis otros servidores más desgraciados que yo. Ya me habeis sacado de apuro en cuanto á los veinte mil francos que me quedaban de deudas del tiempo de mi embajada en Roma, des-

pues de los otros diez mil que tomé prestados á vuestro grande amigo Mr. Lafitte.»

—«Yo os los debía, dijo el rey, y no era siquiera la mitad de lo que perdisteis con dar vuestra dimisión de embajador, que, entre paréntesis, me hizo bastante mal.»

—«Como quiera que sea, señor, debidos ó no, V. M., acudiendo en mi auxilio, me hizo un favor oportunamente, y yo le devolveré el dinero cuando pueda, pero no ahora, porque estoy pobre como un ratón: mi casa de la calle del Infierno está aun por pagar. Vivo revuelto con los pobres de Mad. de Chateaubriand, aguardando el alojamiento que ya visité con motivo de V. M. en casa de Mr. Gisquet. Cuando paso por una ciudad, me informo primero de si hay hospital: si lo hay, duermo á pierna suelta: habitación y comida, ¿qué necesidad hay de más?»

—«¡Oh! Eso no puede acabar así; vamos, Chateaubriand, ¿cuánto necesitariais para ser rico?»

—«Señor, perderiais en ello el tiempo: si me diéseis cuatro millones hoy por la mañana, no tendría ya una blanca á la noche.»

—«El rey me dió un golpecito en el hombro, diciéndome:

—«¡Sea enhorabuena! Pero, ¿en qué diablos gastais vuestro dinero?»

—«A fe mía, señor, que no lo sé, porque ni tengo caprichos ni hago gasto alguno: ¡esto es incomprendible! Soy tan necio que al entrar en el ministerio de Negocios Extranjeros no quise tomar los veinte y cinco mil francos de gastos de instalación, y al salir desdeñé escamotear los fondos secretos. Me habláis de mi fortuna para evitar hablar de la vuestra.»

—«Es verdad, dijo el rey: ved aquí ahora mi confesión: comiéndome mis capitales por porciones iguales de año en año, he calculado que, según la edad que tengo, podría vivir hasta mi último día sin necesitar de nadie. Si me hallase en la miseria preferiría acudir, como me proponéis, á franceses, antes que á extranjeros. Me han ofrecido abrir empréstitos, entré otros uno de treinta millones, que habría quedado cubierto en Holanda; pero he sabido que este empréstito cotizado en las principales bolsas de Europa haría bajar los fondos franceses, y eso me ha impedido adoptar el proyecto: nada que afectase la fortuna pública en Francia podía convenirme.»

¡Sentimiento digno de un rey! En esta conversación se notará la generosidad de carácter, la dulzura de costumbres y el recto juicio de Carlos X. Para un filósofo hubiera sido un espectáculo curioso el del súbdito y el rey interrogándose acerca de su fortuna y haciéndose mutua confesión de su miseria en el interior de un palacio debido á los soberanos de Bohemia.

ENRIQUE V.

Praga 25 y 26 de mayo de 1855.

Al salir de la anterior entrevista asistí á la lección de equitación de Enrique. Montó este dos caballos, el primero sin estribos al trote largo, y el segundo con ellos ejecutando vueltas sin llevar la brida y con una barita entre sus brazos y cuerpo. El niño era atrevido, y estaba elegante con su pantalón blanco, su vaquero, su cuellecito y su gorra. El instructor, Mr. O'Hegerty, padre, gritaba:

—«¿Qué pierna es esa! ¡Parece un palo! ¡Dejadla en libertad!... ¡Bien!... ¡Muy mal! ¿Qué teneis hoy?» etc. etc. Terminada la lección, se detuvo el niño rey á caballo en medio del picadero, y quitándose bruscamente su gorra para saludarme en la tribuna donde estaba yo con el baron de Damas y algunos franceses, saltó á tierra, ligero y gracioso como el pequeño Juan de Saintré.

Enrique es delgado, ágil, bien formado, rubio: tiene los ojos azules, con cierto modo de mirar en el izquierdo, que recuerda la mirada de su madre. Sus movimientos son bruscos, y aborda á uno con franqueza: es curioso y amigo de preguntar; no tiene nada de esa pedantería que le atribuyen los periódicos; es un verdadero muchacho, como todos los muchachos de doce años. Cumplimentábale yo acerca de su buena figura á caballo:

—«Eso no es nada, me dijo: me habiais de ver sobre mi caballo negro: es malo como un diablo, tira coces, me arroja á tierra, vuelvo á montar, y saltamos la barrera. El otro día se pegó contra la pared: tiene una pierna así de gruesa. ¿No es verdad que es bonito el último caballo que he montado? Pero yo no estaba en disposición.»

Enrique detesta al baron de Damas, cuya presencia, carácter é ideas le son antipáticas, y se enfurece frecuentemente contra él. A consecuencia de esos arrebatos es preciso castigar al príncipe, y se le condena á veces á permanecer en la cama: torpe castigo. Preséntase el abate Moligny, que confiesa al rebelde, y procura infundirle miedo con el diablo.

El obstinado no escucha nada, y se niega á comer. Entonces la delfina da la razón á Enrique, el cual come y se burla del baron. La educación recorre este círculo vicioso.

Lo que necesitaba el duque de Burdeos es una mano ligera que le condujese, sin hacerle sentir el freno; un gobernador que fuese más bien su amigo que su amo.

Si la familia de San Luis fuese, como la de los Estuardos, una especie de familia particular expulsada por una revolución circunscrita en una isla, los destinos de los Borbones serian en breve extraños á las generaciones nuevas. Nuestro antiguo poder real no es esto: ese poder representa la antigua monarquía: el pasado político, moral y religioso de los pueblos ha nacido de ese poder y se agrupa en rededor suyo. La suerte de una raza tan entrelazada con el orden social que fue tan emparentada con el orden social que será, no puede ser nunca indiferente á los hombres. Pero no obstante hallarse esa raza destinada á vivir, la condición de los individuos que la forman, y con los que una suerte enemiga no hubiese hecho tregua, sería deplorable. Esos individuos caminarían olvidados en una perpetua desgracia sobre una línea paralela, á la par de la gloriosa memoria de su familia.

No hay cosa más triste que la existencia de los reyes caídos: sus días no son más que un tejido de realidades y ficciones: permaneciendo soberanos en su hogar entre sus criados y sus recuerdos, apenas salvan el umbral de su casa, hallan á la puerta la irónica verdad, y Jacobo II ó Eduardo VII, Carlos X ó Luis XIX, á puerta cerrada, se convierten á puerta abierta en Jacobo ó Eduardo, Carlos ó Luis, sin numeración alguna, como los miseros mortales vecinos suyos: ellos tienen el doble inconveniente de la vida de córte y de la vida privada, los aduladores, los favoritos, las intrigas, las ambiciones de la una, las afrentas, la miseria, los chismes de la otra: es una mascarada continua de criados y ministros que cambian de trajes. El carácter se exaspera con esta situación, las esperanzas se debilitan, los pesares se aumentan: se recuerda lo pasado, se suceden las recriminaciones, y se dirigen reconvencciones tanto más amargas, cuanto que la expresión de ellas deja de quedar encerrada en el buen gusto de un distinguido nacimiento y en las holguras de una fortuna superior: los padecimientos vulgares hacen al hombre vulgar: los cuidados de un trono perdido degeneran en enredos de familia: los papas Clemente XIV y Pio VI jamás lograron restablecer la paz en la casa del pretendiente. Esos extranjeros destronados permanecen vigilados en medio del mundo, rechazados por los prínci-

pes como infestados de infortunio, y sospechosos á los pueblos como si temiesen estos que aun les quedara algún poder.

COMIDA Y REUNION EN HRADSKIN.

Fuí á vestirme: habianme avisado que podía conservar en la mesa del rey mi levita y mis botas; pero la desgracia es de condición demasiado elevada para acercarse á ella con familiaridad. Llegué al palacio á las seis menos cuarto, y la mesa estaba puesta en uno de los salones de entrada. Encontré en él al cardenal Latil, á quien no había vuelto á ver desde que comimos juntos en Roma en el palacio de la embajada, cuando la reunion del cónclave, después de la muerte de Leon XII. ¡Qué cambio de destino para mí y para el mundo entre aquellas dos fechas!

Era aquel siempre el cleriguillo barrigudo, de nariz picuda y pávido semblante, tal como le había visto montado en cólera en la cámara de los Pares con un cuchillo de marfil en la mano. Asegurábase que no tenía la menor influencia, y que se le mantenía en un rincón sufriendo mil soñones; podría ser; pero hay valimientos de muchas clases, y el del cardenal no era menos seguro, aunque oculto, y lo sacaba de los largos años pasados al lado del rey y del carácter de sacerdote. El abate Latil ha sido un confidente íntimo: el recuerdo de Mad. de Pollastron va unido á la sobrepelliz del confesor: el encanto de las últimas debilidades humanas, y la dulzura de los primeros sentimientos religiosos se prolongan en recuerdos en el corazón del anciano monarca.

Sucesivamente fueron llegando Mr. de Blacas, Mr. A. Damas, hermano del baron, Mr. O'Hegerty, padre, y los señores de Cossé. A las seis en punto se presentó el rey, seguido de su hijo, y todos acudimos á la mesa. El rey me colocó á su izquierda, poniendo al delfín á su derecha; Mr. de Blacas se sentó enfrente del rey, entre el cardenal y Mad. de Cossé: los demás convidados fueron colocados indistintamente. Los infantes no comen con su abuelo más que los domingos, lo cual es privarse de la única felicidad que queda en el destierro; la intimidad y la vida de familia.

La comida era escasa y bastante mala. El rey me elogió un pescado del Moldava que nada valía absolutamente. Cuatro ó cinco ayudas de cámara vestidos de negro andaban de un lado á otro como los legos en un refectorio: no había mayordomo ninguno. Cada cual tomaba de la fuente y ofrecía al inmediato. El rey comía bien, y pedía y servía él mismo lo que se le pedía. Estaba de buen humor, habiéndosele pasado el miedo que yo le había inspirado. La conversación vagaba en un círculo de lugares comunes acerca del clima de Bohemia, de la salud de la delfina, de mi viaje, de las ceremonias de Pentecostés que debían tener lugar al día siguiente: ni una palabra de política. El delfín, con la nariz metida en su plato, salía á veces de su silencio, y dirigiéndose al cardenal Latil:

—«Príncipe de la Iglesia, le decía, ¿el evangelio de hoy era según San Mateo?»

—«No, monseñor; según San Marcos.»

—«¿Cómo San Marcos?»

Grande disputa entre San Marcos y San Mateo, y el cardenal quedaba derrotado.

La comida duró cerca de una hora: levantóse el rey, y le seguimos hasta el salón. Estaban los diarios sobre una mesa, y sentóse cada cual á leer como en un café.

Entraron los infantes; el duque de Burdeos conducido por su ayo, y su hermana por el aya, y corrieron á abrazar á su abuelo, precipitándose en seguida hácia mí. Colocámonos en el hueco de una ventana que daba á la ciudad y tenía magníficas vistas, y renové mis elogios sobre la lección de equitación. La infanta